

L O S   A R A U C A N O S

---

O T T O   B Ü R G E R

Ediciones **elaleph**.com

Editado por  
el**aleph**.com

© 200 Copyright ww.el **aleph**.com  
Todos los Derechos Reservados

## LOS ARAUCANOS

Los Araucanos o Mapuches, como se llaman estos indios a sí mismos, son de estatura mediana o baja. Por lo general, los hombres alcanzan 1,60 a 1,70 m y las mujeres llegan apenas a 1,40 o 150 m. En su gran mayoría son corpulentos y ventrudos, una característica de los pueblos de alimentación predominantemente vegetal. Brazos y piernas son musculosos, pero cortos; las manos y los pies pequeños, regordetes y redondeados; el cuello corto sostiene una cabeza grande de tipo braquicéfalo; la cara es ancha con leve prognatismo y pómulos salientes. Se caracterizan además por una frente angosta, nariz ancha y aplastada, ojos pequeños, algo oblicuos, boca grande de labios abultados y mentón ancho y corto. Algunos caracteres sólo se manifiestan en forma más acentuada y fea en los adultos,

pues entre los dieciséis y los dieciocho años de edad, los individuos de ambos sexos son extraordinariamente simpáticos.

El color de su piel es casi cobrizo y despidе un olor penetrante, muy desagradable al olfato europeo. El cabello es negro, lacio y tan grueso y resistente que en una lucha especial denominada loncotun, los indios se aferran de los cabellos y se tironean con tanta fuerza y tanto tiempo hasta el que uno de ellos cae al suelo. En el resto del cuerpo tienen poco pelo. Por lo demás, aborrecen tener vello y lo extirpan, hasta parte de las cejas y de la barba tanto como les es posible, aun cuando sólo les brota un ligero bozo. Las mujeres cuidan mucho la tersura de su cuerpo y se arrancan sin piedad toda velloidad sea de la parte que fuere, con una pincita llamada payuntuve, especialmente confeccionada para esta finalidad. Para una araucana no hay peor agravio que asegurar que tiene un cuerpo peludo.

Como todos los indios, el araucano es serio, lacónico e introvertido.

Siempre lleva vestimenta completa y buena. Es más fácil ver un chileno harapiento, semidesnudo, que un indio envuelto en trapos. Además de la ropa interior que hoy en día se adquiere en general en la

tienda, las principales prendas de vestir del hombre son el chamal y la manta (mactifi) que en la mayoría de los casos tejen ellos mismos con la lana de sus propias ovejas. El chantal es un amplio cuadrado de paño oscuro, que se cruza y envuelve entre las piernas de tal manera que parece un par de pantalones y se sujeta al cuerpo mediante un ceñidor. La manta equivale a la misma prenda chilena, con su abertura en el centro para pasar la cabeza y se lleva echada sobre los hombros. En la actualidad, el mapuche se cubre la cabeza con un feo sombrero de fieltro negro, pero aquí y allá se suele encontrar aún algunos ancianos con su típica y pintoresca vincha, adornada con guarniciones de plata (trarilonco). Los pobres andan descalzos o bien usan ojotas de suela sin curtir; los ricos, los caciques, calzan botas de piel de oveja con tacones puntiagudos.

La mujer da al chamal la apariencia de un vestido y lo ajusta a su titile mediante una faja ancha de abigarrado diseño que ella misma teje (trarihué). En derredor del cuello anuda la mantilla que pende sobre los brazos como una pañoleta o iculla. Un pañuelo grande anudado alrededor de la cabeza, sujeta el cabello y hace las veces del trarilonco del hombre. Por muy fina que sea la lna del chamal y alegres los

colores de su cinturón, la araucana no se da por satisfecha. Como toda auténtica mujer necesita joyas. Estas no son nada sencillas y están confeccionadas en plata pura.

Una india rica, y se las encuentra a diario, lleva los siguientes aderezos.

1. Pesados zarcillos compuestos por placas romboidales, en forma de hoz o el perfil de una campana, que pueden ser colgados de las orejas mediante un gancho (chaguaí).

2. Angostas fajas de lana roja de varios metros de longitud sobre las que van aplicadas tres a cuatro hileras de pequeños bollones de plata, las cuales se envuelven en torno de dos largas trenzas (queltachapetue).

3. Una gargantilla que representa un alto cuello de cuero, asimismo, guarnecido enteramente con bollones de plata (trapapel).

4. Pulseras de cuero con bollones de plata (trari-cúti).

5. Un pinche con una bola del tamaño de una manzana o una gran hebilla para prender la mantilla (ponson o tupu).

6. Diversos colgantes compuestos de una serie de placas angostas y anchas, unidas entre sí me-

diante eslabones y adornados con pequeños agregados, o bien de finos tubos ensartados en hilos e intercalados con cuentas de colores que final mente rematan en pequeños embudos (elis). Los agregados de estos collares, a menudo tan sobrecargados, a los que en ocasiones se suman cadenas con innumerables disquitos, son con frecuencia cruces y figuras humanas que recuerdan pequeños ídolos. En ellos se reflejan pues las influencias paganas y cristianas.

Los araucanos no viven en comunidades aldeanas, sino dispersos aquí y allá. Donde encuentran una pequeña elevación y un arroyo, erigen su casa, la ruca.

La construcción de sus cabañas se realiza con el concurso de parientes y amigos y da motivo para fiestas de varios días de duración. Estas fiestas se desarrollan en tres etapas que concluyen con copiosas libaciones. En primer lugar se clavan los postes en el suelo, sostenidos por gruesos largueros en los que a su vez se fijan los tirantes principales del techo. Seguidamente, ese esqueleto es revestido con un enrejado de listones de quila para posibilitar como tercer paso la confección de las paredes y del techo con haces de junquillo. Todo, aun en el robusto maderamen, se une no con clavos sino con

voqui, en particular las zarzas de las trepadoras a las que pertenece el copilitie y una parra. El piso de la vivienda es de tierra. Las rucas varían de forma y tamaño. La rectangular es más común que la ovalada y ambas han desplazado a la redonda. Se suele encontrar algunas muy importantes de 20 m de largo y 10 de profundidad, pero las dimensiones más usuales son de 6 x 4 m. La entrada está orientada hacia el este y asegura el acceso de la luz diurna. Cuando presenta divisiones interiores, el recinto central sirve de cocina y lugar de reunión, mientras que las estancias laterales (una o dos) son los dormitorios de las mujeres (catrintucun). En algunas rucas hay un segundo piso o desván donde almacenan los granos (pidull), al cual se sube por medio de un tronco de árbol en el que se ha tallado una sucesión de escalones (prahue). El mobiliario se compone de unas pocas y pobres piezas. Los ancianos disponen de lechos sólidos levantados sobre postes de cañas y ramas de bambú, cubiertos con pieles y el pontro o manta de lana les sirve de cobija. La pieza más común es la cuna. Se trata más bien de una pequeña angarilla o cupulhue, donde se ata al lactante muy fajado. Ello no sólo facilita su transporte, sino permite apoyarlo o colgarlo en la pared. Ade-



más, forman parte del inventario una gran piedra plana y otra pequeña y alargada, usadas para moler el maíz y un cuero donde se recoge la harina; el trontron o vasija para la sal confeccionada con la ubre desecada de la vaca cuyas tetillas sirven de pies; algunas cestas de quelineja, el chiñihue, o cedazo de bambú para la harina, el pideñ o cesto de quila trenzada para guardar papas, cebollas y zapallos; el oron, una enorme bolsa confeccionada con dos cueros de caballo donde guardan el trigo; el meñcue o tinaja de barro para la chicha y las huadas, cortezas de zapallo que usan a la manera de tazones o escudillas. Todo el ajuar se guarda en el choron, una especie de arca de pieles crudas. A esto se suma la montura.

En el centro de la ruca arde sin cesar el cutral o fuego en torno al cual se disponen pieles y bancos ennegrecidos. Si alguna vez se apaga este fuego es encendido mediante cerillas o -si estas faltan- mediante acero y pedernal o si no con el repu. Este aparato consta de un palito aguzado en un extremo -el repu macho- que los naturales hacen girar rápidamente entre las palmas de la mano apoyando el extremo aguzado en el repu hembra, otro palo o trozo de madera más grueso y perforado. El reflejo

del fuego atizado con una vara de colihue, el cude, sirve de iluminación nocturna.

La familia comparte la cabaña con sus gallinas, a las que destinan una canasto especial donde las juntan de noche y pequeños perros de pelo largo y hocico puntiagudo.

El araucano actual es agricultor. Siembra de preferencia trigo, planta papas y cría caballos, vacas y ovejas. En general, las áreas cultivadas son pequeñas. No hay latifundistas y en su mayoría las cosechas cubren apenas las necesidades de cada labriego. El dinero que entra a la casa proviene de la venta de los animales jóvenes. Además, el bosque y el campo proveen toda clase de frutos comestibles silvestres, sobre todo las semillas del pehuén, o *Araucaria imbricata*. En la época en que maduran las pifias los indios realizan largas excursiones para recoger los piñones. Según me informaron, los guardan en pequeñas cámaras de almacenaje que entierran bajo el lecho de los arroyos para mantenerlos frescos. También se alimentan de las semillas del roble de hojas caducas, árbol que les provee asimismo de un codiciado hongo que prolifera en sus ramas, se trata de un hongo de cuerpo esférico, blanco, amarillo o amarillento, el galgal, presumiblemente de exquisito

sabor. Otros frutos comestibles son las bayas ovaladas, purpúreas, de dos centímetros de largo del peumo, la perita que sigue a la maravillosa flor del copihue, las nueces del avellano, las dulces bayas rojo azuladas del guñi, las del mirto, muy apreciadas también por los chilenos y las frutillas o llahueñ, muy abundantes en su suelo. Pero la alimentación del araucano moderno se basa en un desayuno de harina tostada con agua fría o muño, v mote, caco, granos de trigo liberados de su corteza mediante cocción, pan y carne de caballo. Core es el nombre de todas sus comidas por ejemplo: galgal-core, es un plato de hongos; degull-core, una comida hecha con porotos o el lon-core, carne cocida. El locro es una comida preparada con carne y papas.

De todos los bienes que la Conquista del continente trajo al araucano -y no fueron pocos- el mejor regalo fue el caballo, animal con el que debemos imaginar identificado al indio y que aprendió a emplear en sus posteriores guerras con los españoles y los chilenos. Lo llama kawellu o cahuellu una derivación del vocablo español caballo. Así como la mujer se engalana con todos los adornos que posee, el hombre los cuelga sobre su caballo y las cabalgaduras de los caciques resplandecen en plata. Freno,

cabestro, riendas, estribos, todo es de plata y por añadidura enormes cadenas del mismo metal aumentan el peso de los arreos. En muchos casos, el indio no usa montura, sino cabalga sobre un gran número de mantas de distintos colores, tejidos por sus mujeres.

Los jóvenes contraen matrimonio entre los dieciocho y veinte años de edad, en tanto las doncellas lo hacen entre los quince y dieciséis. Practican la poligamia, pero en general el indio no tiene sino dos mujeres y los caciques llegan a mantener tres o cuatro. Las mujeres se venden a cambio de ganado. Antiguamente eran robadas y luego se gestionaba el pago. En la actualidad, se finge aún un rapto, si bien previamente se convienen las condiciones. En la mayoría de los casos el pago se efectúa en dinero y la transacción recibe el nombre de ngillanentun. Cuando el joven ha alcanzado la edad adecuada y reúne las condiciones exigidas para contraer matrimonio pero es demasiado pobre para aportar una dote, toma a su mujer a crédito en la esperanza que sus parientes se ocuparán de cancelar la deuda y jamás queda defraudado. Las esposas de un mismo hombre deben saber tolerarse unas a otras y las que llevan mayor tiempo de casadas ejercen cierto pre-

dominio moral sobre las más jóvenes. Sus alcobas separadas se encuentran en las galerías laterales de la ruca. Asimismo, suelen mantener su propio fogón, separado del de las otras mujeres y se turnan en la atención del esposo. También alternan en sus demás relaciones y sólo cuando el hombre está ebrio se ocupa de distribuir las reglas a la comunidad.

El trato que la mujer araucana recibe del hombre es bastante malo. En retribución por todo el trabajo que debe realizar -pues no sólo atiende los quehaceres de la casa y se ocupa de la comida, sino debe labrar la tierra, hilar y tejer- no recibe sino brutales empujones, golpes y palizas.

Cuando está próximo el momento del parto, toda la familia se retira de la cabaña y la parturienta permanece sola al cuidado de una comadrona. La mujer da a luz medio arrodillada, colgada de una sogá que pende de uno de los tirantes de la ruca. A veces, el acto se realiza al aire libre bajo un árbol, al cual es sujetada la india, medio suspendida en el aire.

Los hombres festejan los primeros gritos del recién nacido con una salva de risotadas. Un amigo se ofrece como padrino y al cabo de algunos meses se celebra el bautismo. El lacu o padrino regala a su

ahijado camisas, pañales, una mantilla y un carnero. Con la sangre del animal sacrificado, dos indios dibujan una cruz sobre la frente y las dos sienes del inocente, lo alzan y claman:

¡Que viva muchos años y sea fuerte!" Seguidamente, se entregan a sus libaciones y cuando todos han quedado sin sentido se da por concluida la fiesta del bautismo o lacutun.

Los mellizos son considerados como mensajeros de inevitable desgracia familiar y por ello los progenitores afectados buscan desembarazarse de una de las criaturas y la regalan. Antiguamente, los niños que nacían con malformaciones eran sacrificados en el acto.

Los nombres de los varones son tomados del reino animal, pero no siempre se adjudica como nombre un sustantivo, sino también un adjetivo, una acción o un número, por ejemplo: Calvuñancu: águila roja; Quirquetripai: salió el lagarto; Mariluan: diez guanacos; Mancopan: el lobo buitre; Egulef: corrieron dos; Nahueltripai: salió el tigre; Punoleff: pasó la noche; Currehuinca constituye una excepción (chileno negro).

A las mujeres, en cambio, se les adjudican nombres delicados de esa amalgama de sol y flores, otro-

ra tan común entre los hijos de Israel, por ejemplo: Curamil: piedra de oro; Lelvunrayun: prado florido; Millarayun: flor de oro; Antumilla: oro de sol; Pichunliguen: pluma blanca o Coluvilu: víbora roja, un apelativo con el que nuestras bellas seguramente no estarían muy conformes. Estos hermosos y sonoros nombres son desplazados en los indios bautizados por José, Luis y los nombres de otros santos, pero ellos los conservan como apellido, por ejemplo José Antulef; José Diesonnelief.